



“Figlie della Misericordia del T.O.R. di San Francesco”
Via di Porta Maggiore 38, 00185 Roma • Tel. 0039 06 702 78 42 • Fax 06 703 005 13
e-mail cfmroma@gmail.com – Governo generale

Prot. N° 68/2017

¡Hágase Tu Voluntad!
Roma, 18 de marzo de 2017

SALUDO POR PASCUA DE RESURRECCIÓN

*Ya que ustedes han resucitado en Cristo, busquen los bienes del cielo...
Tengan el pensamiento en las cosas celestiales y no en las de la tierra (Col.3, 1-2).*

Queridas Superiores provinciales y locales,
queridas Hermanas, Novicias, Postulantes y
Aspirantes en la Congregación

En la esperanza cristiana, anunciada en la mañana de Pascua desde la tumba vacía de Jesús, con el corazón lleno de gozo pascual, llego a cada una de ustedes exclamando: “¡Resucitó Cristo, nuestra esperanza!” (Cf. Secuencia de Pascua)

Con la Resurrección de Cristo nuestra Cuaresma alcanza su culmine y, después de cuarenta días de preparación, en el día de Pascua comienzan otros, aún más importantes: cincuenta días de renovación. Ésta es nuestra Pascua: el corazón del año litúrgico y el fundamento de nuestra fe y de nuestra espiritualidad. La Palabra de la Sagrada Escritura nos habla de cuarenta días, en los cuales Jesús se manifestó a los suyos, porque quería demostrarles, con certeza, que Él estaba vivo. Así los Apóstoles se convirtieron en testigos de la Pascua y en personas pascuales. Desde entonces, los Apóstoles y cada una de nosotras, sabemos que en cada tumba hay una esperanza y que la esperanza no tiene tumba.

Queridas hermanas, también a nosotras el Señor nos indica el camino. La Cruz y la Pascua sólo se pueden comprender si van juntas. Los horrores del Viernes Santo tendrán la sublime resolución, el domingo Pascua. Sentimos cómo nuestra autorealización, sólo puede ocurrir en la donación de nosotras mismas y en la aceptación de la propia cruz de cada día. Ésta es la garantía de nuestra Pascua.

Y así lo escribió nuestra querida Beata Madre Fundadora: *Nosotras, queridas hermanas, resurgiremos junto a Jesús. Pero si queremos resurgir con Él, debemos, antes, pasar con Él a través de las tribulaciones, el dolor, el sufrimiento. Debemos experimentar el Viernes Santo, su dolor, el cáliz de la amargura y, todo esto, soportarlo con paciencia con Él. Eso significa que hacia la resurrección se camina con la cruz sobre las espaldas, no a través de las comodidades y las diversiones, sino como Él iba hacia la resurrección ... El dolor y el sufrimiento duran poco en esta tierra; si los enriquecemos con santa paciencia y sumisión a la voluntad del Padre Celestial, viviremos por siempre y gozaremos la eterna felicidad en el cielo. A Esas almas, en el momento de la muerte, Jesús vendrá al encuentro de su esposa fiel para darle la corona de la vida* (Casa Madre – Blato, 20.04.1930)

El día de Pascua, la alegría se convierte en la tarea esencial de la vida. *El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido sacada* (Jn. 20,1). María Magdalena busca a Jesús. En efecto, comenzando desde Adán, el hombre alza la mirada y se convierte en buscador de lo que es sublime ... trascendente. ¿Cuántas veces, también nosotras, buscamos a Jesús? Estamos en su búsqueda porque sabemos que Jesús Resucitado trae un gran cambio. Cuando Jesús entró en la vida de sus Apóstoles, poco a poco, todo cambió. Después de la venida del Espíritu Santo fueron llenos de un santo fervor. Es el Espíritu que los “empujó” a anunciar y testimoniar la resurrección de Jesús.

Si estamos dispuestas a mirar, buscar, encontrar al prójimo, también nosotras entramos en el misterio de la Pascua. Estamos entrando en la “Galilea” de nuestra vida cotidiana. Esto no sucede en un mundo de fantasía mágica, sino donde todo comenzó. En el lugar donde los discípulos pescaban, allí donde Jesús los llamó, allí donde decidimos, también nosotras, seguir a Jesús. Aquí en nuestra Congregación, donde comenzamos nuestra vida con Cristo, donde compartimos el pan de la Vida con nuestras hermanas.

Si dudáramos como lo hizo Tomás, no seríamos las únicas. Ni los Apóstoles estaban a la altura de creer esta maravillosa noticia. Viviendo en un mundo de pluralismo religioso, el cual, pone también la fe cristiana a la par de las otras tradiciones, corremos también el peligro de ver el misterio pascual solamente como una bella historia. Si no anunciamos la verdad de la Pascua, nos condenamos a la confusión de la vida cotidiana, deteniéndonos delante de la tumba abierta con las preguntas sin respuesta. Y puede suceder, a cada una de nosotras, regresar sobre el propio camino. ¿Cómo y con quién viviremos entonces el entusiasmo y la fraternidad del gozo pascual?

La fe pascual de María, de Pedro y del discípulo amado, así como la fe de la primera comunidad de Jerusalén, fue experiencial y práctica, porque ellos fueron testigos directos porque han oído, visto y experimentado. Se convirtieron en comunidad pascual. La tumba vacía de Cristo les trajo la plenitud de la gracia y de la paz interior, la generosidad, la humildad, el altruismo, la misericordia y el amor recíproco. Nunca antes habían experimentado tanta alegría, porque no habían tenido todavía la experiencia de la tumba vacía.

Queridas hermanas, inclinémonos también nosotras, en espíritu, delante de la tumba vacía, y cada una hágase esta pregunta: ¿Qué significa para mí la Resurrección? Mi Señor está vivo de verdad, camina conmigo donde vaya, o vivo situaciones en las que es mejor que Él no esté? ¿Se ve en mi rostro que Jesús resucitó, o camino en la oscuridad de mis sombras personales? Llevo al Resucitado en mi servicio al prójimo, a mi comunidad?

Queridas hermanas, a todas ustedes y a las personas que trabajan con ustedes, les auguro una muy feliz Pascua de Resurrección. Deseo de corazón que todas podamos experimentar la belleza y la plenitud de las palabras del salmista: “Este es el día que hizo el Señor: Alegrémonos y regocijémonos en él (Sal. 118,24).

Cordialmente las saludo exclamando con alegría “Aleluya” en el Señor Resucitado, vuestra

Hna. M. Vianaja Kustura, cfm.
Vicaria General